

Porque me dueles si me quedo
pero me muero si me voy,
por todo y a pesar de todo, mi amor,
yo quiero vivir en vos.

María Elena Walsh: *Serenata Para la Tierra de Uno*

Ha pasado ya tiempo desde la vuelta a casa, a mi más que nunca linda y querida Buenos Aires, quien me ha recibido con un clima respirable, lluvias abundantes y efervescentes actividades. La experiencia de vivir y estudiar en Nueva York ha sido sumamente provechosa y enriquecedora, empezando por el hecho de que si no hubiese sido por la beca otorgada, habría sido una experiencia muy difícil de concretar por mi cuenta.

Nueva York es como un "laberinto". Y como muchos hemos leído, a veces, "los senderos se bifurcan", lo nuevo genera extrañeza y ansiedad, decidirse a hacer algo distinto y fuera de lo planeado nos puede sorprender doblemente. Es un riesgo que hay que correr y una decisión que hay que animarse a tomar. Sin embargo, otras veces, "los senderos de ese laberinto convergen", pero en otro lugar y de otras maneras, como puede ser el encontrarse al mismísimo General José de San Martín, junto a Simón Bolívar y José Martí, nada más y nada menos que en una arista del Central Park, en el corazón de Manhattan, rodeado de rascacielos y construcciones de lujo. Y ahí el que se encuentra es uno con uno mismo; con su pasado, su presente y su futuro. Si bien las suelas de mis zapatos no pisaban exactamente el mismo suelo al que estaban acostumbradas a andar diariamente semanas atrás, sí ejercían presión sobre una misma extensión de tierra, un mismo continente. Es fácil distinguir y enumerar diferencias culturales, políticas y geográficas, mientras que requiere un esfuerzo mental y emocional mayor descubrir todo aquello que sí se tiene en común con un país hermano, como alguna vez lo estudié en la escuela primaria.

Si bien Nueva York representa un pequeña porción del vasto territorio que conforma Los Estados Unidos de Norteamérica, así como Buenos Aires lo es con el resto de nuestro país, la estadía allí me permitió ver y reafirmar características comunes de ambas naciones, como ser su relativa juventud, sus próceres -estadistas, generales y pensadores- que han escrito y luchado por la independencia de sus pueblos, una nación de brazos abiertos a la inmigración y un territorio extenso y rico, a lo largo y a lo ancho, en valiosos recursos humanos y naturales, como "laberintos crecientes que abarcan el pasado y el porvenir". Y ahí también pensé, "[p]ensé que un hombre puede ser enemigo de otros hombres, de otros momentos de otros hombres, pero no de un país; no de luciérnagas, palabras, jardines, cursos de agua, ponientes" (Jorge Luis Borges: *El Jardín de los Senderos que se Bifurcan*).

La vida en Nueva York parece agitada, pero no mucho más que la de en Buenos Aires. El Times Square no dista mucho, a mi humilde parecer y por más que a muchos le pese, de la calle Corrientes o Diagonal Norte y Nueve de Julio, con sus carteles luminosos y luces de neón, derroche de energía y sobredosis de propaganda. No, es cierto, no es lo que más me gustó, pero sin embargo ejerce un rol fundamental en el atractivo e identidad de la ciudad, y es que justamente contrasta con y exalta su costado más tranquilo y natural: el Central Park, las numerosas plazas y espacios verdes, la serpenteante costa que dibuja la isla, el infinito mar. Todo esto, sumado a sus construcciones de arquitectura elegante y trabajada -personalmente, dejo de lado lo más moderno que sobrepase los 381 metros de altura- es lo que la hace aún más bonita, especial y única, ciertamente de ensueño. Caminando uno va descubriendo pequeñas postales, metonimias de la ciudad que otros ya se han encargado de retratar, como ser Sutton Place's Park en la película de Woody Allen *Manhattan*, ver caer la noche sobre el puente de Brooklyn o vislumbrar una ciudad completamente "encendida" desde el Empire State Building. Hay que pellizcarse dos veces para darse cuenta que uno está siendo testigo en primera persona de experiencias que siempre le parecieron ajenas.

Levantarse la mismísima primera mañana para ir a cursar a la universidad y ver caer pequeños copos de nieve que se van acumulando en las veredas, calles y escaleras del subte fue otro de los encantos de la experiencia vivida, y que quedará por siempre grabada en la retina. Si aquel día nos sorprendió la nieve al salir de la residencia, la tormenta nos devolvió a la calle con la cancelación de las actividades por la tarde. La estadía y la cursada en la universidad fueron más que agradables pinceladas de metodología, gramática, fonética y TICS. Los intercambios y encuentros entre profesores, las salidas culturales, las visitas a museos y lugares históricos sirvieron de alimento rico y rejuvenecedor para la vuelta a casa y para poder emprender un nuevo año con un corpus de ideas nuevas, una mente activa y un espíritu renovado.

... pueblo que canta
siempre tendrá futuro.

Víctor Heredia: *Sube, sube, sube*